

CRÓNICA *de la parroquia*

AMAGUAÑA



Cronistas de la parroquia:

Clemencia Amagua, José Ignacio Llumiquinga, Brayan Lincango, José Alberto Sangoquiza, Fanny Cañizares, Jorge Suntaxi, Mario Gualotuña.

Equipo gestor:

Leonardo Zaldumbide, Daniel Rivera, Natalia Rivadeneira, Sebastián Borja, José Roldán. En colaboración con Rafael García Díaz.

Mayo de 2023

RESUMEN

Este antiguo enclave histórico ya tenía enorme importancia comercial y productiva antes de la llegada de los incas. A esta zona trajeron mitimaes y guerreros para consolidar su sistema de producción complementaria que, necesariamente, tuvo reveses dada la fortaleza de la resistencia local.

Su clima y la producción del maíz de grano amarillo y grande, conocido como chillo, la convirtieron en una zona estratégica: Anan Chillo. La conquista hispana se asentó en este antiguo sistema de gestión poblacional y sobrepuso la fe y su organización política a los antiguos pueblos de indios que fueron concentrados en doctrinas y encomiendas.

La independencia poco cambió, salvo las manos de quienes llevaban el látigo. En el siglo XX, las haciendas se parcelaron dando paso a barrios y comunas, pero asentadas en un fértil sustrato festivo que se nutre de tradiciones, cosmovisiones y memorias centenarias.

Palabras clave: haciendas, maíz, ancestralidad, sincretismo, resistencia.

La tierra del no morir

La historia profunda

Los habitantes del Valle de los Chillos han interiorizado el relato que centra al Ilaló como la cuna de los habitantes del actual Ecuador. Las referencias a los antiguos cazadores recolectores de El Inga, que habitaron las inmediaciones del gran volcán hace 11 000 años antes de Cristo, son tenidas como base integral de su constitución identitaria. Si bien entre estos antiguos pobladores y las *llajtakunas*, de las que históricamente se tiene registro, hay una enorme distancia en desarrollo cultural y organizativo, en las parroquias del Valle el tema es visto casi como un continuo temporal.

Salomon (2011, p. 104) desarrolló un modelo explicativo que explora el funcionamiento de las comunidades precolombinas en los andes ecuatorianos. Para el autor, hay que tener en cuenta el condicionamiento geográfico que tienen los Andes de páramo en los que se pueden obtener productos de distintos pisos climáticos con poco esfuerzo relativo. Siendo así, se puede afirmar que en los valles interandinos existieron señoríos o *llajtakunas* que podían subsistir gracias al intercambio de productos complementarios. Sin embargo, no hay que pretender equiparar esas antiguas unidades con las poblaciones actuales, puesto que aquellas tenían cierto carácter de movilidad que fue cambiado con la llegada de incas y europeos.

Los incas, tal como relata Gonzalo Ortiz (2012, p. 56), dominaron la zona durante, al menos, 60 años, logrando que algunas de estas antiguas parcialidades se organicen

en su forma tradicional binaria: arriba-abajo, nuevo-viejo, norte-sur. De tal forma, en las primeras visitas¹ coloniales a la zona, como la realizada por Juan de San Martín y Gaspar Mosquera en 1559, se describen, entre los poblados de los Chillos, a Anan Chillo y a Urin Chillo. Estas denominaciones designarían a señoríos ubicados al norte y al sur del valle y corresponderían a Sangolquí y Amaguaña, respectivamente. Los actuales nombres de las localidades se deberían a los de sus caciques, quienes eran los encargados del cobro de tributos y de la gestión de la localidad.

Así como existen referencias de Juan Zangolquí, como cacique de Urin Chillo, también se menciona a Amador Amaguaña (Amaguañuy) como responsable de Anan Chillo. De este último se sabe tenía a su cargo sirvientes y tributarios y se les conminaba a entregar el tributo en ropa del algodón. Por estos antiguos documentos también se sabe que el maíz de la zona era apetecido y que se lo sembraba en camellones junto a plantas de fréjol como se hace hasta el día de hoy (Vallejo, 1995, p. 13).

La organización política de las poblaciones del valle era disputada. Todas formaban parte de una unidad compleja en la que una de las parcialidades se imponía al resto, pero aun así dependía también de las otras poblaciones. Para los europeos, este sistema de gestión poblacional no resultó incómodo y se lo complementó con mecanismos de aglutinamiento de las poblaciones a través de encomiendas y doctrinas.

Durante el periodo colonial, buena parte de la población de la zona se integró a haciendas regentadas por comunidades religiosas y vivió sometida a sistemas de explotación como el obraje o la mita. Para 1596, en el registro solicitado por el obispo Luis López de Solís, se deja constancia de que en Amaguaña vivían 400 indígenas tributarios. Buena parte de la producción agrícola del fértil

¹ Institución colonial que buscaba registrar y sistematizar el funcionamiento de tributos en las colonias.

valle servía para alimentar a esclavos y tributarios del norte. Los agustinos, por ejemplo, destinaban parte de la producción para las haciendas jesuitas de Imbabura (Vallejo, 1995, p. 25). Amaguaña, desde 1568 había sido administrada por los dominicos como doctrina que pasó a constituirse en parroquia eclesiástica.

Los fundos coloniales dieron paso a haciendas civiles a lo largo del siglo XIX. En Amaguaña se cuentan historias sobre el paso de Sucre por el poblado, de las reuniones conspirativas en la Hacienda La Herrería o de la presencia de Manuela Sáenz en Catahuango. Sin embargo, para el grueso de la población, la independencia no supuso mejoras en la calidad de vida y en la transformación de los patrones de explotación, los mismos que simplemente cambiaron de manos.

A mediados del siglo XIX, durante el primer periodo garciano, Amaguaña fue elevada a parroquia civil. La Convención Nacional del 29 de mayo de 1861 dispuso, mediante la Ley de División Territorial, que 47 territorios se convirtieran en parroquias del cantón Quito.

El origen del nombre

Si bien se ha explicado el probable origen del nombre de la parroquia, circulan entre la población algunas referencias más. Don José Ignacio Llumiquinga cuenta:

“Cuando los españoles vinieron a Riobamba, había un dirigente, un hombre importante que se llamaba Guaña, a él le persiguieron. Él viene de Riobamba a Tulcán para trabajar. Allí le conoce a una mujer de apellido Ama, y ahí también los españoles le persiguen. Tuvo que refugiarse en una hacienda de acá arriba, llamada La Letra. El dueño de la hacienda les obliga a casarse y en la iglesia juntan sus apellidos: Ama y Guaña. De ahí viene el nombre Amaguaña o amaguañungue que significa: nunca morirás” (Llumiquinga, 2023).

La historia relatada por don José encuentra asidero en la raíz etimológica del apellido Amaguaña: *Ama* es una negación y *Huañuy* significa muerte, en tal sentido, no son pocos los investigadores que relacionan el origen del nombre de la parroquia a la idea de inmortalidad.

La vida de las haciendas y la Reforma Agraria

Para muchos parroquianos, la memoria de sus ascendientes se relaciona con la dura vida del servicio en las haciendas. Todavía viven personas que sintieron en su propia piel los rigores de la discriminación del sistema del huasipungo. Como en otras zonas del Valle, los enormes fundos empezaron a parcelarse durante los años 60 por presión de la Reforma Agraria y, también, por la demanda de tierras por parte de las élites quiteñas. José Llumiquinga describe este periodo:

“A mi padre, que era vaquero, le cogió el toro, le sacó todos los intestinos. Por eso me permitieron trabajar a mí en su lugar. En ese tiempo llegaron rumores de que iba a haber la Reforma Agraria, que iban a dar el terreno. Los patrones eran Rafael Barba Larrea y su esposa Rosa Chiriboga, ellos empezaron a parcelar. El mayordomo, don Ignacio, me dijo: vos vas a trabajar en vez de tu papá y nos van a dar terrenos. Yo seguí trabajando en la hacienda, hasta cuando los patrones se fueron de aquí. La hacienda se llamaba La Florida, el padre de doña Rosa había sido don Pacífico Chiriboga y él había tenido tierras allá, en Estados Unidos. De ahí había traído una planta y por eso le puso a la hacienda el nombre de La Florida” (Llumiquinga, 2023).

La mayoría de los moradores tenía una relación de dependencia con los espacios de producción. En cuanto a

sus afectos, las parroquias del valle se relacionaban entre ellas y era común que vecinos de Amaguaña viajen hasta Sangolquí o Alangasí para comerciar o participar de las fiestas.

“Había fábricas, había las haciendas. La más grande era la hacienda Chillo Jijón, la mayor parte de moradores trabajaban ahí; mi abuelito también trabajó en las haciendas. La mayor parte de personas vivía de la agricultura, íbamos a la feria de Sangolquí. Se sembraba y se cosechaba el maíz, el fréjol” (Gualotuña, 2023).

Memorias de la parroquia

Desde los años 60, la presión de la ciudad por espacios de expansión y por servicios turísticos se incrementó. Las parroquias más lejanas a Quito no recibieron un impacto tan grande como el que se sintió en Conocoto o San Rafael, que pertenece al cantón Rumiñahui. El sentir rural y agrícola estuvo plenamente presente en Amaguaña hasta fines del siglo XX e incluso hasta el día de hoy, en algunos sectores. La vida hacendaria y la falta de servicios marcaron el ritmo de los días:

“Había acequias, de ahí se cogía el agua. Cuando trabajábamos en la hacienda, bebíamos el agua de la acequia recogiénola con la mano. Si el ganado ya había ensuciado más arriba, ya no podíamos hacer nada, dependíamos de esas fuentes de agua. Teníamos los pozos o los cubos que se les llamaban. Sacábamos agua de la tierra, había zanjas, había riachuelos. Ahí se lavaba y se cogía agua para la cocina y para tomar. Los riachuelos eran limpios, agua limpia. Aún hay personas que tienen el cubo para alguna emergencia” (Gualotuña, 2023).

Poco a poco los caminos de la ciudad fueron llegando a los espacios rurales y con ellos llegaron otros servicios como agua potable o luz eléctrica. El progreso fue lento.

“Tampoco había buenas carreteras, solamente caminos de tierra. Entonces solo había zapatos para las personas ricas, nosotros sabíamos andar en pie llucho. Después hubo alpargatas y esas botas de 7 vidas. Pero con el sol que quemaba, era mejor no ponerse nada. Nos poníamos pantaloncito blanco de liencillo —que fabricaba la fábrica Chillo Jijón, del patrón Manuel Jijón— y la camisa blanca así nomás. No se usaba interior” (Llumiquinga, 2023).

“No había luz eléctrica, nos alumbrábamos con velas y escuchábamos unas pocas emisoras con el radio de pilas” (Gualotuña, 2023).

Mientras los padres cultivaban, comerciaban o trabajaban en los grandes fundos, los niños empezaron a ir a la escuela. Muchos niños de mediados del siglo XX, especialmente niñas, apenas fueron escolarizados. La escuela, en ocasiones, era vista como algo accesorio por las complejidades logísticas que planteaba el ingreso de niños de mentalidad kichwa a un sistema occidentalizado.

“Eran 2 turnos. Entrábamos a las 7 y salíamos a las 12. Teníamos 2 horas de almuerzo y a las 2 de la tarde vuelta ya entrábamos a la escuela. De la casa llevábamos el cucayo: tostadito, quesito, cualquier cosita para almorzar abajo, en Cachaco, donde es ahora el Colegio Nacional Atahualpa. Sólo nos obligaban a estudiar, a nosotros, a los del campo, hasta tercer grado, no más. ¿Para qué más? ¡Guambras, largos! Ustedes deben estar en hacienda, tienen que trabajar. Tienen que servir al patrón, tienen que servir al niño. Con las mujeres era

peor. ¿Para qué van a estudiar? Solamente deben criar al guagua. Yo solo llegué hasta tercer grado” (Llumiyinga, 2023).

Con el paso del tiempo se fueron creando escuelas y colegios que acogieron a la población local como el colegio Atahualpa, la Escuela Argentina, la Escuela Ambato, la Escuela Bartolomé de las Casas que se encontraba en el barrio Cuendina. Para generar ingresos, los excedentes de la producción agrícola se vendían o se intercambiaban.

“Antes el mercado era donde es el parque, y era al aire libre, cada cual llevaba su banquito y su mesita para poner las cosas; luego nos dieron un mercado chiquito, donde está la casa comunal. Luego ya se construyó un mercado grande y un centro de salud. Había un señor enfermero rondando por todo lado para ver gente que quiera hacerse atender” (Nacimba, 2023).

Las fiestas de Amaguaña

Andrés Guerrero, en su obra *La semántica de la dominación* (1991), da cuenta de un complejo sistema festivo que articulaba la vida de las haciendas con las festividades religiosas que, a su vez, estaban ligadas a los tiempos de siembra y cosecha. Las fiestas constituyeron, más allá de espacios de algarabía, momentos en los que el orden social férreo podía ser disputado. Los habitantes de las haciendas, en tiempos de fiesta, podían tener acceso a los patrones y también se enfrentaban con otros parroquianos de otros fundos. El objeto era tomar plaza entre grupos de yumbos y danzantes.

“Las fiestas de Corpus en Amaguaña eran muy interesantes. Participaban grupos de distintas haciendas que luchaban por tomar el parque. Un

pedacito del parque era de La Florida, otro pedacito era de Yanahuaycu y así. Todos entraban disfrazados, bailando, y si se encontraban eran unas pisas² terribles. Muchos esperaban a que llegue San Corpus para eso. Se llevaban esas chuntas grandes con cintas para trenzar y se daban con eso. Si le daban al del tambor, ya se quedaban sin música. Había grupos enfrentados tradicionalmente como los de la hacienda Chillo con los de La Balbina” (Llumiquire, 2023).

Los bailarines venían de todas partes y antes de la celebración de Corpus ya se mataban los animales que serían consumidos y que, en ocasiones, eran donados por los patrones. Los bailarines y danzantes hacían agradados a los patrones, quienes, en tiempo de fiesta, compartían con la población: *“El patrón tomaba junto con nosotros, el trago, chicha tomaba el patrón Manuel Jijón”*. José Llumiquire añora lo bueno de esos tiempos y recuerda las fiestas, en las que, con rucos, yumbos y diablos, toda la población se integraba. En la actualidad los enormes costos de las fiestas se han trasladado a la comunidad lo que hace más difícil su ejecución. Cabe mencionar que, en los últimos años, también se ha repotenciado el desfile de Carnaval en el que también participan sus rucos y yumbos.

Mención aparte merecen los rucos de Amaguaña que han sido declarados patrimonio inmaterial nacional. Mario Gualutuña describe esta tradición:

“La Balbina es conocida por los rucos. Yo aprendí de mi abuelito. Yo viví con mis abuelos mi época de niñez y de adolescencia. Ellos nos cuidaban. De mi abuelito aprendí a ser danzante y ruco. Él era capariche. Yo me vestía de payasito o de salasaca.

² Golpizas.

Los rucos de Amaguaña



Leonardo Zaldumbide. Declarados como patrimonio inmaterial de Quito, los rucos engalanan desfiles, fiestas y celebraciones. Amaguaña, 2023.

Ellos inculcaron a los jóvenes de por aquí. Luego se armó un grupo de rucos jóvenes que se fundó en 1990.

Nos presentamos en los carnavales de Amaguaña y en las fiestas de los santos como San Pedro o la Virgen del Quinche. Vamos a los distintos barrios y hemos extendido nuestra tradición para que sea conocida" (Gualotuña, 2023).

Las limpias, curaciones y trabajo de partera

Muchos de los males físicos y espirituales eran tratados con la medicina ancestral. Se confiaba en las mamás y los taitas *yachaks* para la solución de problemas físicos y espirituales. Clemencia Nacimba, por ejemplo, hasta el día de hoy hace

limpias con piedras, perfumes y cuyes: “Para purificar la sangre se limpia. A veces limpio con el cuy, en el cuy sale todo lo que tiene la persona y, cuando está intoxicada la sangre, sale puro manchitas en todo el cuy” (Nacimba, 2023).

Estos procesos tienen mucho de sincretismo puesto que, si bien tienen raigambre ancestral, se acomodan a las prácticas devocionales católicas. Afirma la curandera que los trabajos deben ser ofrecidos “a papito Dios y a la Virgen”. Estas prácticas mucho tienen que ver con el restablecimiento de la armonía perdida y con la limpieza del cuerpo físico. Quienes ejercen este oficio conocen mucho de herbolaria y medicina natural, pero también de la manera en que se entiende la vida en la cosmovisión andina.

Muchas mujeres, además de la opinión de los médicos, recurren a sabias parteras que ayudan a que el parto sea más rápido e indoloro. Lamentablemente, esta tradición milenaria que ayudaba a dar a luz se está perdiendo por el avance totalitario de la medicina alopática.

Clemencia Nacimba, curandera y partera



Leonardo Zaldumbide. Muchos parroquianos aún prefieren complementar los diagnósticos de la medicina occidental con los consejos de las curanderas o yachks. Amaguaña, 2023.

Para Clemencia Nacimba, es importante que se les dé opciones a las mujeres indígenas que buscan servicios de salud:

“Ellas mismo dicen: yo no quiero dar a luz acostada, déjeme arrodillarme. O se sientan en esas dos sillas, la una nalga a este lado, la otra nalga en el otro lado para que quede un vacío en medio y el parto sea fácil” (Nacimba, 2023).

La Gastronomía de Amaguaña

Amaguaña se ha convertido en un destino culinario famoso por sus paraderos de carretera como Los Tres Guabos o Mi Playita, en los que se ofrecen opciones de comida tradicional muy apetecida por visitantes de Quito. Muchos de los platos ofertados se podían consumir en la cotidianidad de los pobladores de Amaguaña; el cuy o el cerdo, al tratarse de un espacio rural, eran criados para su consumo familiar. Ahora son alimentos costosos que se preparan principalmente en actos ceremoniales. Lo tradicional en el día a día eran las coladas y los granos. En las memorias de los parroquianos, se encuentran los pristiños de la señora Rosa Mena. También el consumo de las humitas en las casas, sobre todo cuando llegaba el tiempo de choclos, ya que el pan era un alimento caro.

“Nosotros no comíamos mucha carne y el arroz se consumía muy poco. Nos contentábamos cuando mamá hacía arroz seco. Se consumían granos en sopas, o un platito con papitas y zarza de maní. Para la zarza se usaba el maní que era molido en piedra y toda la cebolla verde se picaba en grasa de ganado. Se le podía poner lechuga encima” (Nacimba, 2023).

En Amaguaña se ve el pasado como un aprendizaje y no se teme a lo que debe venir. Esta antigua parroquia se sabe heredera de tradiciones fuertes y antiguas; está abierta a los visitantes y se proyecta a un futuro con identidad.



Cronistas Participantes

Clemencia Nacimba Amagua: Yachac y partera de Amaguaña.

José Ignacio Llumiquinga Gualotuña: Líder barrial y artesano.

Brayan Darío Lincango Paucar: Músico y gestor cultural.

José Alberto Sangoquiza Quiña: Líder comunitario del Barrio La Vaquería

Cañizares Albuja Fanny Lucia: Vocal de cultura del GAD Amaguaña

Jorge Leonardo Sntaxi Llumiquinga: Líder cultural y vocal del GAD Amaguaña

Mario Gonzalo Gualotuña Sntaxi: Agricultor, comerciante y morador.

Referencias

- Aguirre, E; Chasipanta, B. (2000). *Guía turística de Amaguaña*. Editorial Don Bosco.
- Andrade, G.(2016). *Las comunas ancestrales de Quito*. Universidad Andina Simón Bolívar.
- Borchart. C. (1981). "El periodo colonial". En Moreno S. (Ed.) *Pichincha. Monografía histórica de la región nuclear ecuatoriana*. Consejo Provincial de Pichincha.
- Del Castillo, R; Carofilis, P; Burbano, L.(1992). "Parroquias rurales del cantón Quito". En Bustamante T. (Ed.) *Quito: comunas y parroquias*. Dirección de Planificación del Municipio de Quito.
- Ortiz, G.(2012). "Historia antigua del cantón Rumiñahui". En Ortiz, A. (Ed.) *Memoria histórica del Cantón Rumiñahui*. Gobierno Autónomo Descentralizado del Cantón Rumiñahui.
- Peralta, E. y Moya, R. (2001). *Guía arquitectónica de Quito*. Trama.
- Salomon, F. (2011). *Los señores étnicos de Quito en la época de los Incas*. FONSA.
- Vallejo, G. (1995). *Amaguaña Profundo*. Centro de desarrollo social.

